



POEMA CON LLUVIA

Navego con tu encanto que perdura en la lluvia.
Viértese la hermosura del agua, la armonía
de laúdes que corren con el viento en las calles.
Entre los soportales, del instituto al club,
del bar al hospital, el hombre es una triste
ciudad en la que llueve, gotea como un rocío
en lanzadera, un niño chapotea en los charcos.

Con ojos pordioseros cruzan por la glorieta
dos perros. Tomo a Dios de la mano y me huele
a madera y a llanto. Navego con tu nombre
oceánico y gime la inmensa geografía
de las nubes, un signo de locura, la tierra
ahora el agua y tú mismo.

La calle es como un canto que redobla deseos.
Se desprende un olor de esperanza y hondura,
con el amor y el odio carcomido navego
envuelta en la fragancia de tus ojos de ámbar,
asedio de alegría, dulce lengua de humo
que no quiebra los bosques ni el asfalto. La lluvia
es un espejo siempre
en movimiento donde podemos encontrarnos
sin horario, compras el mismo libro, nunca
debajo del paraguas, escuchar la canción
que hicimos nuestra, el círculo
pequeño de unos brazos y bogar y bogar
después en solitario lamiendo las heridas
y la lluvia, los muros, los bancos, el reloj,
la grasa de los coches, tu mano enguantada
en ese restaurante de la tarde, un acorde
de vals con goterones.



Natividad CEPEDA